

Experiencia venezolana en la vinculación y repatriación de científicos en el exterior

Luis F. Marcano González*



scribía Ortega y Gasset que el padre jesuita francés Teilhard de Chardin tuvo la feliz idea de descubrir un rasgo puramente zoológico que distingue al hombre de los animales superiores: el hecho, incuestionable, de que mientras todos los demás animales habitan particulares regiones del globo, sólo el hombre habita en todas. Cada especie zoológica o vegetal encuentra en la Tierra un espacio con condiciones climáticas determinadas donde, sin más puede habitar. Los biólogos lo llaman su "hábitat" (Ortega y Gasset, 1982, p.128).

En términos generales y desde el punto existencial el filósofo español tenía razón. Sin embargo, vale la pena analizar esta afirmación cuando nos referimos a actividades más específicas que realiza el hombre, el mismo Ortega lo hace en el trabajo ya citado. El ser humano puede habitar todas las regiones del globo pero no puede realizar en ellas todas las actividades que ha logrado desarrollar a lo largo de su existencia. Con sólo mencionar las actividades agrícolas se sabe que en todas las regiones no se pueden obtener los mismos cultivos y mucho menos en aquellos lugares que por sus características climáticas se hace imposible cultivar.

Quiero permitirme hacer una analogía con las actividades culturales y, en particular, con las actividades científicas y tecnológicas. No en todas partes del globo, donde el hombre es capaz de habitar, se pueden realizar estas actividades de manera adecuada. Se requieren condiciones particulares. No sólo de infraestructura sino también económicas, sociales, culturales, etc. Es decir, para hacer hoy día ciencia y tecnología se necesita un hábitat particular.

La investigación científica y tecnológica es de hecho cada día mas compleja. La tradicional visión de los científicos sobre la investigación, en la cual se le asigna sólo el papel de producir conocimientos, ha sido modificada frente a la realidad de los hechos. Hoy, la investigación no sólo sirve para conocer lo desconocido; sirve, además, para mejorar las ventajas competitivas de las economías nacionales; para producir bienes de consumo colectivo como la salud, el ambiente, el bienestar, etc.; para mejorar la calidad de la formación de personal calificado y, también, para difundir el conocimiento científico y técnico en la población (Callon, M. et al, 1994). Es decir, vivimos en una cultura cuyo rasgo dominante es la razón físico-matemática. Para que todo ello sea viable se requiere, entonces, condiciones sociales adecuadas para su florecimiento. En la mayoría de los países de la Región Latinoamericana ello no ha sido del todo posible.

Cuando preparaba estas notas me fijé en un detalle particular de la cordial invitación que recibí del Departamento de Asuntos Científicos y Tecnológicos de la O.E.A.: la reunión se realizaría en el salón Andrés Bello del Banco Interamericano de

Ponencia presentada en la Reunión de Científicos Argentinos Residentes en Estados Unidos, Washington, D.C. 14 y 15 de noviembre de 1994. Organizada por el Departamento de Asuntos Científicos y Tecnológicos de la Organización de Estados Americanos (OEA).

* Profesor Investigador del Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC), FAU-UCV. Secretario General Adjunto del Capítulo Caracas de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia, (AsoVAC).

Desarrollo. Que casualidad, pensé, Don Andrés Bello fue quizás el primer talento fugado de mi país. Los avatares de la lucha de independencia contra el Imperio Español lo obligó a largas estadias en Europa y al regresar a América se radicó en Chile. Su labor creativa es bastante conocida: su obra sobre la Gramática Castellana, sus esfuerzos por construir y consolidar la Universidad de Chile, así como otros tantos productos de su quehacer intelectual, dejó una contribución que todavía hoy tiene repercusión.

Siguiendo en la línea de pensamiento con la cual inicié esta intervención puedo afirmar que Andrés Bello encontró un hábitat adecuado para producir su obra. Vale la pena, quizás, preguntarse si su regreso hubiese sido a Venezuela podría haber tenido las oportunidades que encontró en la hermana República Chilena. Tal vez sí, pero conociendo la historia de mi país y las largas guerras que sufrimos durante el siglo XIX, me atrevo a considerar que le hubiera sido más difícil lograr en su patria natal lo que obtuvo en otras latitudes.

No quiero justificar con esto lo que se ha dado por llamar fuga de talentos. Algunos autores en mi país han tratado el tema (Garbi, E., 1991 y Valecillos, H., 1993, entre otros). Las causas han sido analizadas con bastante detenimiento. Pero lo que aparece como común denominador en todos los análisis es la falta de condiciones para el desarrollo de una carrera científica en forma adecuada. Mucho de nuestros investigadores se han formado, y se siguen formando, en instituciones donde los recursos, la infraestructura, los medios de comunicación y hasta los interlocutores les permiten unas condiciones por demás envidiables, si los comparamos con las existentes en nuestro país. Nuestros jóvenes, y no tan jóvenes, se encuentran a su regreso de los estudios de postgrado con situaciones de precariedad extrema. Frente a la disyuntiva, algunos optan por dedicarse a otras actividades, fundamentalmente en el mundo empresarial. Otros simple y llanamente optan por regresar a los sitios donde mantienen contactos y mejores posibilidades para desarrollar su carrera científica. El CONICIT indica, por ejemplo, que su tasa histórica de no retorno al país de sus becarios es de 8%.

Por supuesto, no estoy diciendo nada nuevo a los asistentes a esta reunión. Sólo quiero poner en evidencia la situación que actualmente vivimos en nuestro país. Hoy estamos quizás sufriendo lo que Argentina vivió hace varias décadas. He podido conocer algo de esa historia. El emotivo trabajo de Marcelino Cerejido (1990) así como un ensayo póstumo de Oswaldo Reig (1992), me han permitido acercarme al clima por ustedes vivido en el pasado. Gracias a esta reunión me entero de los esfuerzos por corregir los errores y pérdidas sufridas.

Venezuela, por el contrario, desde mediados de la década pasada se ha convertido en exportador neto de talento. No me atrevo a asomar cifras, pero los registros de emigración de sólo los Estados Unidos señalan una tendencia creciente en este sentido. No obstante, Valecillos (1993, pp. 154-155), uno de los autores que se ha ocupado del problema, indica que entre 1961 y 1975 la media anual de venezolanos con formación profesional y técnica que solicitó visa de residente en los EE.UU. fue de 156, mientras que en el período 1982-1986 esta media aumentó a 256 en la misma categoría, es decir, más de 50%. Hoy vivimos una crisis económica, social y política muy profunda. Existen en muchos venezolanos el ánimo de abandonar el país y buscar nuevos horizontes en otras latitudes. Entre ellos muchos investigadores han optado por emigrar a otros

países. Instituciones como las universidades, el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) y otros centros de investigación sufren la pérdida de sus investigadores. Muchos de los casi 2.300 venezolanos que realizan hoy estudios en el exterior no tendrán plazas para su reinserción al mercado laboral a su regreso. Algunos de ellos se quedarán en los países donde realizaron sus estudios. Las ofertas de trabajo en el país no son atractivas. Las condiciones de los laboratorios dejan mucho que desear. Las dificultades para obtener insumos y equipos son difíciles debido a los controles impuestos. En la crisis las prioridades son otras. Por fortuna, los esfuerzos de la comunidad científica han logrado modificar algunas posturas. Hay esperanzas de corregir, en parte, esta situación.

Sin embargo, la realidad es que Venezuela, como ya dije, de haber sido un país receptor de talentos se ha convertido en exportador. Desde la década de los sesenta, por ejemplo, nuestro país se nutrió de muchos profesionales que han aportado (y aún siguen haciéndolo) trabajos que enriquecen el conocimiento de nuestra realidad. En particular, de Argentina nos llegaron Oscar Varsasvky, Oswaldo Reig, ya fallecidos; se encuentran aún entre nosotros: Carlos Domingo, Romano Piras, Hebe Vessuri, Susana Strozzi, Manuel Bemporad, Angel Capelletti, Hugo Calelo, Luis Levin, Concepción Ballester, Julián Aráoz, Julio Godio y otros más; dejaron su huella y regresaron a su patria: Diana Rabinovich, Renata Wulf, Pablo Levin, Mario Testa, entre los que vienen a mi memoria.

Para nosotros, por tanto, el fenómeno de la fuga de talentos es de reciente data. Es un problema, que requiere ahora más atención. El Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICIT), el IVIC, el Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), el Instituto de Ingeniería (I.I.), las Universidades nacionales y otros centros de investigación comienzan a preocuparse.

El CONICIT, por ejemplo, desde 1990 instrumentó el Programa de Promoción al Investigador, impulsado por las asociaciones científicas. Este programa intenta, por la vía del reconocimiento de los méritos, estimular la carrera del investigador y frenar, en parte, la salida de los investigadores de sus actividades de científicas. Más recientemente en el propio CONICIT se está trabajando en los Grupos Estratégicos Nacionales (GEN). Se piensa con estos grupos formular proyectos en los cuales se va a requerir, seguramente, el concurso de investigadores venezolanos ubicados en el exterior. Se quiere avanzar con un primer paso de levantar un censo de aquellos investigadores residentes en otros países. Para ello se están apoyando en las redes de venezolanos ya existentes en el exterior, como Atrarraya y Conexión, las cuales poseen un número de afiliados que pueden permitir localizar muchos de nuestros investigadores. Así mismo, desde nuestras embajadas en los Estados Unidos de Norteamérica, Alemania, España, Francia, Italia y Reino Unido, se intentará, también, ubicar a los nacionales dedicados a la investigación y que pueden dar su contribución en proyectos estratégicos para el país. Ya, por ejemplo, el nuevo embajador de Venezuela en la UNESCO se ha comprometido con el CONICIT en la meta de levantar la información y ubicar a los venezolanos radicados en Europa que se dedican a la investigación científica y tecnológica.

Por su parte el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) avanza varias iniciativas entre las cuales se destacan: la de los investigadores colaboradores

visitantes; la cátedra Gran Mariscal de Ayacucho, para venezolanos residentes en el exterior; el programa de los estudiantes asociados que realizan sus estudios en el exterior y tienen un cotutor en Venezuela y, por último, el envío de postdoctorantes (actualmente alrededor de 30) a realizar trabajos de investigación con científicos venezolanos ubicados en laboratorios y en universidades del exterior. En esta última iniciativa las autoridades del IVIC ven la posibilidad de aprovechar de una forma más efectiva la colaboración de nuestros investigadores nacionales que viven y hacen ciencia en otras latitudes y atraerlos, paulatinamente, a participar en proyectos conjuntos entre el Instituto y las instituciones a las cuales ellos pertenecen.

Por su parte el Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), mantiene un programa permanente donde se invita tanto a venezolanos residentes en el exterior como a extranjeros a participar en sus programas académicos.

Por otro lado, las universidades tienen programas de intercambio con instituciones académicas de muchos países sin que ello signifique expresamente la búsqueda de investigadores venezolanos para captarlos. Más bien las propias universidades tienen parte de su personal realizando estudios en el exterior con la probabilidad de perder ese recurso por las diferencias de las condiciones de trabajo comparadas a las del país. Sin embargo, no se puede negar el esfuerzo que por más de treinta años han realizado las instituciones de educación superior venezolanas en calificar a su personal en las mejores universidades del mundo. Pero, lamentablemente, las jubilaciones tempranas, el deterioro de las remuneraciones y el empobrecimiento de las condiciones de infraestructura y equipamiento han contribuido a que muchos profesores-investigadores hayan convertido la salida del país como meta del fin de su carrera académica.

Otros centros de investigación han realizado ensayos de rescate de investigadores residentes en el exterior. Debo destacar los esfuerzos hechos en el pasado por el Instituto de Ingeniería (I.I.) con el apoyo del Fondo de Innovación Tecnológica (FINTEC, hoy desaparecido) en promover reuniones en el país con especialistas venezolanos en electrónica que han hecho su carrera en USA. Lamentablemente, estas iniciativas no han continuado.

Otros centros con más o menos recursos mantienen programas de contactos no formales con venezolanos en el exterior. Debo mencionar al Centro de apoyo tecnológico de nuestra industria petrolera -INTEVEP- y al Instituto Internacional de Estudios Avanzados (IDEA), entre los más destacados.

Por último, la Fundación Polar, que se ha caracterizado por su decidido apoyo y promoción a la actividad científica de alto nivel en el país y que pertenece al grupo económico privado venezolano más importante, ha comenzado un estudio exploratorio para diseñar un programa de revinculación de venezolanos en el exterior con actividades, grupos y proyectos locales. Este esfuerzo podrá permitir vincular al país algunos talentos que han sido captados en otras latitudes. Ojalá ello se concrete a corto plazo.

Quiero finalizar volviendo a la idea inicial: la actividad científica requiere un hábitat adecuado. En nuestros países los embriones de ese hábitat se han deteriorado y otras veces destruido. No vale la pena insistir en las causas, ya todos las conocemos. El esfuerzo de reconstruir ese hábitat lleva su tiempo. Mientras tanto, tenemos que

innovar soluciones parciales que permitan recuperar algo de lo perdido. Perdonen el lugar común, pero en la época de la aldea global el uso intensivo de la comunicación puede permitir que nuestros compatriotas que hacen ciencia en el exterior del país se acerquen a nuestras necesidades.

Tal vez ese sea el paliativo del mal mientras encontramos su cura: la construcción de naciones sólidas y fuertes basadas en sus propios esfuerzos y capacidades. Tarea lenta, pero inaplazable.

Agradecimientos: estas líneas fueron posible gracias a la gentileza de las siguientes personas: Ignacio Avalos G., Presidente del CONICIT, Victor Alvarez (CONICIT), María de Lourdes Vargas (CONICIT), Miguel Laufer, Director del IVIC, Fulgencio Proverbio (IVIC), Paul Esqueda (IESA e Instituto de Ingeniería), Carmen La Bella (Fundayacucho), Juan José Martín y Susana Strozzi (UCV-AsoVAC), Antonio Leone (SELA), Marianela de Majo (PNUD-Caracas) y Renato Valdivieso (Fundación Polar). De todos ellos recibí la información básica que me permitió elaborar el texto de esta ponencia. Sin embargo, queda claro que les exonero de toda responsabilidad sobre mis opiniones y consideraciones.

Caracas, Noviembre de 1994

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

- CALLON, M., LAREDO, Ph. (1994) "Panorama de la Science Française" en: *La Recherche*, Vol. 25:y MUSTAR, Ph.: 378-383, París.
- CEREJIDO, M. (1990) *La nuca de Houssay*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GARBI, E.(Comp.) (1991) *La fuga de talento en Venezuela* Caracas. Ediciones IESA
- ORTEGA Y GASSET, J. (1982) *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre Ciencia y Filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- REIG, O. (1992) "La Comunidad Científica Argentina: un sector social que esta solo y en crisis y del que el país espera" en: Di Prisco, C.A. y Wagner, E. (Comp.) *Visiones de la Ciencia. Homenaje a Marcel Roche*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana - Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.
- VALECILLOS, H.(1993) *Fuga de cerebros en Venezuela*. Caracas-Valencia: Vadell Hermanos Editores.